

grabó Miguel Angel á los piés de una de las estatuas del mausoleo de Juliano de Médicis.

Comprenda que el arte está por encima de la miseria de los hombres y del orgullo de los dioses.

Produzca por que es fecundo.

No tiene derecho de amortajarse en vida como Carlos V.

— * —

BERNARDO COUTO CASTILLO.

El estudio del natural me parece un mal signo, trae la sumisión, la debilidad, el fanatismo, esa prosternación ante los detalles es indigna de un artista completo.

FEDERICO NIETZSCHE.

El hombre normal quizá debe ser un tonto.

FEDOR DOSTOYUSKI.

En el patio de cristales del secular coliseo abigarrábanse los concurrentes á la función de la tarde con todo el característico aparato de la burguesía cuando apura con gula los goces tan poco sugestivos de sus anodinos asuetos.

Andrea Maggi, el estudioso actor, al conjuro de su talento había resucitado á Luis XI á ese torvo compiche de Marcio Galeoto y de Maese Oliverio á ese gran perverso cuyo esquelético cuerpo antes que asilo cárcel fué de un espíritu complejo y eminentemente original.

El drama á pesar de la burda ingeniación de su factura produjo en nuestro organismo un malestar febril que á ser un poco aprensivos hubiéramos antojado el síntoma de alguna enfermedad mortal.

Estudiábamos atentamente á nuestros compañeros.

A la primera percepción comprendimos que el fenómeno psíquico que tan brutalmente nos trastornaba había producido en ellos idénticos efectos que en nosotros mismos.

Las pupilas sanguinolentas de Manuel Larrañaga se abrillantaban como canicas de ágata amenazando saltársele de las órbitas.

Veíamos su mano nigromántica aguzar trémulamente las puntas del encerado bigotín hasta darles forma de comas ortográficas.

—Es tremendo. . . .!

Amado Nervo abatía el espinazo hasta colocar su endeble cuerpo en actitud inverosimilmente grotesca.

¡Qué mirar de aquellos ojos extraviados. . . .!

¡Cuántas tremulaciones de azogado en aquellos músculos electrizados por las vibraciones de los nervios. . . .!

Con frases apasionadas é inconexas discutíamos nuestras impresiones provocando la hilaridad de algunos distinguidos maulas, cuando, de improviso, sin preámbulos, interrumpió el acalorado debate la brusca aparición de un imberbe con testa de pilluelo, de ojillos cerúleos, perversos, malandrines como ellos solos, con un gran rizo de pelo obscuro sobre la obsecada frente y un sombrero Rubens de torcidos y desmesurados aletones. . . .

Aquella cabeza, un tanto cuneiforme, de pícaro imberbe, emergía, con arrogancia que resultaba insolente de una gran corbata de mariposa la cual remataba á su vez las solapas de un veston amplio y de elegante manufactura. . . .

Al sernos presentado, supimos que aquel galopín, que, imaginábamos haciendo novillos de pár-

vulo, era un novel escritor que traía noticias nuevas de ese Paris refinado, de ese Paris quimérico que con tantas luminaciones fugaces ha deslumbrado nuestra retina en los momentos de voluptuosa tristeza en que nuestro atormentado espíritu se arranca y flota libre sobre las vulgaridades infinitas en que á nuestro pesar vegetamos.

El mozalvete había visitado á Edmundo de Goncourt, conocía su desván ¡el desván aquell! á través de su monóculo de cristal de roca; había curioseado por las mesillas del café de Francisco I, admiraba, con el mismo juvenil entusiasmo que nosotros, al sobrehumano Maupassant, había sentido el tremor blanco de la belleza apasionante junto á la Venus de Milo y el rubio espasmo de la plástica ante los relieves de Juan Goujon.

Recitaba con picaresca entonación los versos metálicos de Richepín y las estrofas malignas del padre Villón.

Adoraba al bohemio Verlaine y al católico aristócrata de las Diabólicas. . . .

Era un pequeño prostituido. . . .

Un vástago adoptivo de Alfonso de Sade hartado aun por los calostros de alguna rabelesiana nodriza.

Un mes después de aquella conjunción, éramos ya buenos amigos, amigos buenos, con leal camaradería, sin prevenciones mezquinas, sin desleal-

tades, sin envidias, eliminando en nuestro trato las intrigas miserables que asombrando nuestra ingenuidad adolescente veíamos agitarse como víboras hambrientas entre los mites que con talento y sin el representan la asquerosa comedia literaria de México.

Simpatizamos é intimamos pronto por que en nuestras individualidades psicológicas descubrimos por mutua clarividencia muchas y muy verídicas afinidades.

Literariamente él, como nosotros, aborrece á los anquilosados preceptistas, reniega de maestros vanidosos, de mentores ignorantes, ve á la academia, á ese trasconejado cóncave del sentido común, como una cripta atestada de momias.

Odia con toda la energía de que es capaz, á esa literatura inculta, plebela, cursi, sin calamita, llamada por mal nombre nacional que tantos tan gravísimos y tan irremediables perjuicios ha ocasionado aquí al arte verdadero y á los legítimos artistas.

Muchas noches en el más solitario rincón de la cervecería alemana mientras el granizo hacía detonar en los cristales sus proyectiles como perlas frente á nuestros vasos de dorado lúpulo pensábamos en el porvenir, soñando en una gran batalla por las bellas letras ultrajadas....

Erigiríamos un cadalso para ajusticiar á los

truhanes que se hacen literatos por obtener sinecuras.

Llevaríamos los petroleos del escándalo á las casas de los viles que enfloran la lira, parnáside con guirnaldas de cantueso.

Escribiríamos panfletos contra los ateneos.

Nuestra santa iracuadía nos llevaba hasta desear apuñalear á los maestros para convencernos de su inmortalidad como hizo la fanática que envenenó á Mahoma....

Bernardo Couto es uno de los muy pocos que han tenido la buena fortuna de comenzar su ascenso á la montaña divina sin apoyarse en el báculo de algún apóstol senil.

No sabe nada de esas adoraciones fetiquistas á que se entregó en no lejanos días la juventud enclenque, sin virilidades, sin orgullos, sin valor, que, hoy, atacada de prematura parálisis, digiere con laboriosides de boa, el apolillado trigo, de nuestra paz porfiriana, el celemín de granos, ganado por medio de una lucha empeñada sin los entusiasmos que desarrollan los altos ideales sin el honor de los que combaten por las causas justas y sin la gloria de los que vencen por el esfuerzo de las temeridades heroicas....

No ha sido ni lacayo ni discípulo ni Cireneo.

De sus tendencias literarias no puede aventurarse todavía ninguna opinión concreta por que ellas dada su excesiva juventud no han tenido tiempo de hacerse claramente manifiestas.

Sin embargo, leyendo el libro que con las timideces del principiante, ha ofrecido, al grosero paladar de nuestro público lector, se comprende, sin grande esfuerzo, que es un aprovechado alumno del discípulo de Flaubert y en no lejano tiempo será un cuentista de primer orden.

Las producciones que ha reunido en su bien seleccionada colección, fueron concebidas en horas luminosas, por eso están fijadas, con habilidad suma é ingenio de timbres claros, pero, á pesar de ese mérito que nunca posarán muchos de los merodeadores del jardín de Epicuro á quienes tantas fechorías literarias debemos se nota en ellas una subordinación decidida á los malos ejemplos á los absurdos principios y á los ilógicos procedimientos.....

Su inspiración se enardece á la sombra de un sicomoro invadido de cantáridas....

Ha formado un caramillo con las tibias de la muerte.

El Cupido que asaetea los corazones de sus heroínas es un horrible feto con alas de murciélago extraído de un frasco lleno de aguardiente de las vitrinas de algún viejo museo patológico.....

El sentimiento pasional que implorante, angustiado, macilento, se levanta en sus fábulas, no está generado en la salud sino en la enfermedad que arrastra el alma á los extravíos á los desconuelos... á los pesimismos!

Para él la historia es un acueducto tendido en el tiempo para conducir las podredumbres de los siglos.....

Para él la filosofía es un sarcasmo oscilando entre dos signos de interrogación....

Ha levantado su estandarte de paladín en el frontispicio de un inmenso camposanto!

Cree que el animal humano está leproso....

Su gran talento sólo encuentra aplicación en los fenómenos morbosos.

Revolotea como una mariposa negra sobre un jardín florecido de lirios de cera.....

El amor que pinta no es el que comienza por alamedas verdegueantes en un noviazgo poético para resolverse en un esponsal y acabar en una familia honesta virtuosa y prolífica.....

Es el que tiene sus génesis en el odio.

El que sólo se concibe en las prostituciones de los tálamos baldíos.....

El intranquilo, el frágil, el pecaminoso, el estéril... el de las rameras!

Sus personajes resultan siempre lunáticos ó energúmenos.

Vegetan como larvas capturadas por la pluma de un demonógrafo contumaz.

La vida que viven, es una angustiosa pesadilla, el cielo que se ensancha sobre sus cabezas, está cubierto, de nubes, de truenos, de tormentas, la tierra que tocan con sus piés se agrieta á cada

momento sacudida por subterráneas conmociones.

Diríase que son los hijos concebidos por la desesperación después de un coito con el odio en el tálamo espinoso de las angustias.

El Pierrot que ha delineado en varios pequeños poemas es un hipocondriaco Hamlet vestido de lino que interroga á las calaveras haciendo disertaciones leopardistas

No puede arriesgarse con la lámpara de la especulación filosófica á los misteriosos laberintos del análisis interno, porque, para esa labor, importantísima, indispensable, en todo literato moderno, carece de experiencia, de conocimientos científicos y de esa serenidad de los observadores sinceros que investigan los más impenetrables secretos del alma con la paciencia inalterable con que el astrónomo explora en noche astral lo más hondo del abismo buscando estrellas nuevas.

Le complace copiar el mal en las fases más extrañas de sus múltiples manifestaciones, sin embellecerlo con los exquisitismos de la forma, como lo hace Gabriel D'Annunzio, sin ennoblecerlo con las aristocracias de la paradoja docta, sutil, como acostumbraba Baudelaire, sino, á golpes de ciego, desatinados, crueles, subordinando su criterio estético al empleado por los autores que más vivamente lo impresionan, dejando escapar las ideas propias, por seguir las ajenas, hasta parecer marginal, no obstante que se encierra en él

un artista de individualidad propia muy capaz de concebir creaciones personales de méritos muy apreciables.

Aunque su estilo es lamentablemente desaliñado ha llegado á poseer como ninguno las elegancias naturales que tanto han singularizado de los de otros países á los escritores y poetas de Francia.

¿Será un novelista en el futuro... ?

Ahora no podemos afirmar nada concreto á ese respecto pero todo induce á suponer que hará excelentes novelas pues su inteligencia es vigorosa sin nebulosidades y ha visto ya con ojos vidente los focos donde se contorsionan como bravos reptiles las perversidades ingénitas de los hombres.

En el difícilísimo género á que actualmente se dedica ha logrado un dominio del que no podrán vanagloriarse sus antecesores.

El cuento español, rebosando pasión, donaire colorido, la vibrante *nouvelle* francesa, el honesto *geschichte* alemán, han fracasado siempre en nuestro medio, Pablo Heyse, Guy de Maupassant, el donairoso Pedro de Alarcón, no han logrado aún ser imitados con suerte en esta tierra que es infecunda á toda floración artística, entre otras muchas causas étnicas porque en los poderes gubernativos privan, los soldadones, los ambiciosos advenedizos y los cómitres de la política de especulación fiduciaria que debido á su estultez supi-

na han obstruccionado el desarrollo del enteco país en tan noble sentido. . . .

Manuel Alvarez del Castillo, muerto y muy justamente llorado, en plena juventud, dispersó en revistas y hojas volantes, ensayos muy acertados, pero simplemente ensayos, tras de él, como acridio de alimañas, cayó sobre nuestros mustios campos literarios una nube de cuentistas entre los que solo supo distinguirse, popularmente, Angel de Campo, este escritor es sin duda alguna muy inteligente, nadie osará negar que posee singulares aptitudes de observación y, probablemente algo de ese noble conocimiento de la vida que solo llegan á adquirir los que logran salir de la nada alentados por emulaciones nobles, pero, á pesar de poseer esas cualidades tan simpáticas, no pudo nunca dejar de merecer el calificativo de medianía ante el criterio laico de los inteligentes verdaderos.

En sus superficiales bocetos (casi todos copiados con precisión fotográfica de la vida cursi), se nota muy luego una incorregible manía de acumular detalles impertinentes, sin gracia alguna, con cierto presuntuoso alarde, comparable sólo al burdo envanecimiento y la ingenua pazguatería de un Juan de las Viñas que optara por ser literato.

El final de todas sus producciones, ineludiblemente, tiene que ser gemebundo, pues se complace con vizcaina terquedad en referir los detalles

más baladíes de los engaños amorosos de que ha sido víctima debido á su mala figura entre las señoritas en cuyos estrados se han verificado todas las tragedias íntimas de su impresionable y petrarquista corazón.

¿Qué puede importar á los lectores que Angel del Campo no sea bello como Alcibiades altivo cual Lauzun ó Parisis y refinado esteta de la elegancia como el caballero Brummel. . . .?

Nosotros nunca hemos sido partidarios de esos prosistas subjetivos cuya única fuente de inspiración es la propia individualidad, creemos, que, el novelista, para serlo efectivamente, tiene que observar todo sin impulsivismos mentales debiendo poseer imperando sobre sus mejores facultades la impasibilidad indispensable á un oficio en el que las equivocaciones lastiman el estudio experimental y los demás intereses vinculados á la obra.

Siempre tiene mal gusto para elegir sus asuntos pues un galancete francatripa y una beldad de buhardilla le bastan para hacer romance.

En todos sus trabajos la síntesis y el análisis son sin disculpa que valga eliminados.

Creyérase que los diálogos fueron desglosados del expediente de un proceso policíaco.

Las pasiones que juegan en sus tramas, carecen de impetuosidad y brío, resultan microscópicas é ínfimas hasta lo ridículo, porque, para ver con precisión los convulsionamientos espirituales,

le faltan perseverancia en el estudio preparatorio y vigor en la apreciación inductiva al determinar la idea fundamental que pretende imponer.

En el deplorable empeño que le obsesiona por tratar cosas sin importancia trascendental sería capaz de escribir una tragedia en la que Edipo fuese un piojo traviato y Yocasta una pulga romántica.

¡Un verdadero titiritero literario!

Porque tenemos el convencimiento de que Angel del Campo es capaz de producir cosas de mucho mérito le aconsejamos de buena fé que se limpie de impurezas escolásticas, sentimentalismos de esos que avillanan al literato, ablucionándose con sana contrición en las saludables piscinas de los maestros europeos pues sólo de esa suerte se verificará la regeneración total de sus procedimientos de creación.

Esas aguas salutíferas enjendrarán sin duda alguna encarnadinos glóbulos en su sangre amarilla.

Emancítese de la dictadura literaria de Ignacio Altamirano, prescinda definitivamente de esa automacia relegando al olvido el decálogo poco conceptuoso de ese grande hombre, de ese ilustre optimista, que, como todos sus coevos, en su patriótico anhelo de crear una literatura nacional, alentó indebidamente, estableciendo un precedente inmoral, las ambiciones de muchos malos aficionados á las letras que hubieran alcanzado

mayor celebridad vendiendo alhajuelas de doble ó muñecas de porcelana que escalando con aparatos ortopédicos las alturas del monte Himeto...

Antójasenos también que una buena parte de los extravíos del escritor á que nos contraemos, se deben, á la atención que ha prestado siempre á los sermones de Victoriano Salado Alvarez, ese fabricante de literatura industrial, ese nieto, degenerado, de Francisque de Sarcey, que sólo por vanidad de hacer prosélitos y merecer el aplauso de las turbas ha osado declarar peregrinos ingenios á nulidades muy perínclitas.

Guste con la gula de los fuertes las uvas rojas que embriagan á los panidas y deje á su pretendido mentor que encerrado en la Torre del Hambre del preceptismo acabe por comerse á sus hijos putrefactos como el conde Hugolino.

Los buenos literatos no se hacen por las emulaciones serviles de los compinches ó las declamatorias filípicas de los sabihondos que se combustionan espontáneamente, sino, por sí mismos, ilustrándose en los estudios que más simpatizan con su temperamento teniendo siempre la conciencia de los fines que se proponen y sustentando ese convencimiento en el cálculo matemático de la fuerza propia que pueden ejercitar en los momentos de la lucha.

Preferimos sin vacilaciones á José Ferrel á Alberto Ledue á Heriberto Frías ó á Rubén Campos.

Sus historietas son encantadoras.

El primero es viril, original, plástico con aquí-lea sobriedad y dolorosamente verdadero.

El segundo sensitivo y tiernamente sutil.

El tercero impresionante á pesar de los imperdonables descuidos inherentes á su fraseología.

El último conmovedor y habilísimo paisajista.

Bernardo Couto Castillo no va menos lejos ni con la atención orientada en menores alcances hacia el objeto que se propone.

Prepara el teatro de sus dramas esbozando al lápiz la descripción impresionista que servirá de fondo á las escenas, viste correctamente á sus tipos, les da palabra culta, inyecta sávia ardiente en todo el árbol de sus nervios, pone tensión en sus músculos, voliciones en sus cerebros, eferescencias en sus corazones, peripecias, trágicos fatalismos, en sus biografías, después aprovechando á tiempo oportuno todos los elementos que hizo culminar en su plan expositivo inicia una acción que avanza con tacto y prontitud para llegar á un desenlace que bueno ó malo lógico ó ilógico se efectúa en el momento preciso en que efectuarse debe.

Sus mujeres son del gran mundo, seductoras, aristocráticas, depravadas é insaciables como la histeria, viven la vida de las cortesanas europeas, oímos el fruir de sus vestidos de seda sobre las moquetas esponjadas de los salones artesonados, las vemos pasear su lujo insultante en tardes au-

tumnales, por las terrazas de Niza ó Baden-Baden, admirables en su hastío de reinas, enjovadas como madonas, lívidas, con la cérea lividez denunciadora de las esquisitas lujurias, portando un ramo de crisantemos ó margaritas sorrentinas en la mano, seguidas de una caravana de caballeros con lentes y polainas de paño claro, como las Bashkirtseff, las Duplessis y las Merode....

Los ejemplares varoniles de que se sirve el incipiente artista están modelados con cartílagos de la sangre de Caín.

Dijérase que son figuras de Claude Monet ó de Felicien Rops desprendidas de un claro obscuro y animadas con el verbo del pecado....!

Lo mismo que Lorrain, ante la muchedumbre que pulula por la Beocia ciudadana, encuentra al hombre encanallado que ostenta en su faz trastornada por la desesperación todos los rictus de la impotencia, lo mismo que Lorrain, lo sigue pacientemente, lo atisba, lo espía, lo caza, y, luego, sin temblar ni estremecerse llega á las tortuosas callejuelas donde el mísero se revuelca, allí, frente al modelo, empapa sus pinceles en los colores más sombríos para pintar entre verdines, entre cobaltos, sépias espeluznantes y diabólicas aguas fuertes capaces de quebrantar los nervios de un bedel....

Es demoniaco hasta preferir al cándido toisón del cordero pascual el áspero pelaje del chivo sabatino.

Su primer libro fué naturalmente excomulgado por Zoilo.

Hemos observado siempre que las producciones de nuestros colegas han sido calumniadas por indoctas péñolas que el muy noble oficio de los Taine, los Saint Beuve, los Lemaitre, en este país, mejor que bienes, males ha reportado á la obra de los criticados porque la pasión bastarda, la impotencia, la envidia, son ordinariamente las causas impulsoras de que la crítica pasquinera es odioso resultante.

Actualmente, cualquier gorrino, ignorante, mal parido, despechado, que, por su notoria insignificancia no pudo salir del limbo de las reputaciones abortadas, procura desahogar su rabia de sapo, siguiendo la sombra que proyecta en los horizontes sin confines de la vulgaridad, el incansable Antonio de Valbuena, ese censor ibero que es famoso no porque sea crítico justiciero sino porque ha sido el sicofante de los buenos productores.

Hace algún tiempo, un ignorado provinciano, un escritorzuelo malsin, un inmundo quídam, un salchichero literario, cuyo apellido defeciona en nuestra memoria, proclamaba con porcinos gruñidos, con toscos manoteos de campesino, la pronta é imprescindible necesidad del análisis implacable en nuestros famélicos grupos literarios.

Prescindiendo de las posturas de ese simio atacado de locura apolínea, de los gritos de esa cor-

neja del torreón castellano, de los aletazos de ese ganso, que, creyendo encarnar á Júpiter, viola apenas, á una Leda maritornesca, nosotros, creemos también, que, aquí se hace de todo punto necesaria la labor de un censor implacable precisamente porque negamos la afirmación del bellaco al pretender sostener que no hay autores.

El bohemio ha ganado su primera campaña.

Sus cuentos cayeron como un látigo sobre las frentes ensombrecidas de muchos geniecillos de los que privan en los álbums de las niñas de calzones menstruados y en las pistas de las sociedades coreográficas

Sacudieron del letargo cataléptico de su caducidad á nuestros moribundos académicos encendiendo chispas de cólera póstuma en sus apagadas pupilas.

Pero eso no basta para ser un hombre de letras verdadero.

Quisiéramos que el escritor amase más castamente á la generosa poesía.

Que así como ha comprendido que no podemos venerar á los grafómanos decrépitos, porque, no han hecho nada para merecer nuestras admiraciones, presintiera también, que, los jóvenes, debemos renovarnos continuamente, templando la inteligencia en las gimnasias de la innovación para poder pelear en los pugilatos literarios que nos esperan en el porvenir mereciendo así el respeto de la generación que ha de sucedernos con el de-

recho de juzgar nuestros ejemplos y castigar inapelablemente nuestros errores.

De esa suerte si en la contienda somos vencidos los amigos que nos sobrevivan podrán beneficiar orgullosos nuestra sangre extrayendo de ella el hierro suficiente para forjar las hachas que en un glorioso futuro cortarán las cabezas de los que nunca pensaron alto.!

Si el luchador que ha bajado al estadio anhela envanecerse en el noble orgullo de las artísticas victorias experimentando emociones de arte intensificadas por ellas aprenda á respetar sobre todas las cosas á la belleza luminosa á la que nunca muere.

Contemple enajenado por todos los respetos á la primera figura literaria de la nación, á Salvador Díaz Mirón, á ese enorme élego, á ese ilustre, á ese inmortal, que, aislado, como un dios, en su aristocrática altivez, trabaja siempre, ajeno á las afeminaciones de los ministriles, que, atormentan sus chirimías balsando en las moquetas de los salones burgueses, ajeno á los banquetes donde brindan propinándose golpes en el pecho los polichinelas que truecan la lira por los crótales, ajeno á las colaboraciones de las revistas eléctricas, á las veladas literarias, donde ahullan las afónicas tiples, graznan los pianos, ranean los violoncellos, rumían la alfafa de sus versos los poetas cortesanos y pollinean los oradores epilép-

ticos mistificando á las damiselas pintadas al temple, á los maridos minotaurizados y á los artistas horteras. . . .!

No muramos sino fulminados por un rayo escapado de las manos del divino Jove.

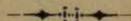
No muramos corrompidos como escarabajos vieles en el fondo del sarcófago de donde se levantan crispadas las manos que nos maldicen.

No muramos teniendo el beso mordente de la juventud adherido á nuestros labios febricientes.

No muramos sin haber luchado.!

No muramos sin haber vencido.!

¡Oh la vida.!



NOTA.—Cuando este estudio fué escrito, nuestro compañero de arte, de infortunios, de entusiasmo, no había emigrado aún al silencio del espacio, víctima de una de las muchas injusticias de la muerte, frustrando una gran esperanza de las letras nacionales.